

España se encierra en tres frágiles bajeles y se lanza al Océano, solo por el gusto de decirle á Europa: hé aquí América.

Napoleon paseó á Francia por Italia y por Egipto, para hacerla encontrar el trono de un emperador.

Nosotros vamos más allá.

Las últimas iluminaciones de la sabiduría humana, nos han indicado el punto supremo de todas las aspiraciones, alumbrando nuestro camino.

No vamos como Noé y su familia á las montañas de la Armenia.

No salimos como el pueblo de Israel á buscar la tierra prometida.

No emprendemos nuestro viaje como Roma hácia todas las partes del mundo.

No nos dirigimos como Europa á la Tierra Santa.

No es á América á donde podemos dirigirnos.

No corremos como la Francia de Napoleon detrás de un imperio.

Vamos... preciso es restregarse las manos de júbilo y sacudir la cabeza con orgullo.

¡Oh felicidad! Vamos... á la ventura.

PINTURA, ESCULTURA

Y ARQUITECTURA.

Es un arte la pintura del cual todos tenemos un poco.

¿Quién, por ejemplo, no sabe alguna vez siquiera pintarse las cosas á su gusto?

Desde los espejos que pintan con admirable exactitud cuanto se les pone delante, hasta Rafael, Velazquez y Murillo, todos somos pintores.

¿Quién no se retrata en sus obras y en sus acciones?

En asuntos de perspectiva, ¿quién no se ha dibujado alguna vez el dia de mañana con toda la verdad necesaria para engañarse á sí mismo?

¿Quién no tiene en su vida un rasgo que pinte su corazon ó su pensamiento?

¿Quién no sabe dar color á los cuadros más negros?

¿Qué niña de quince años no tiene el dulce carmin de la pureza, para pintar en sus mejillas la honestidad de su corazón?

¿Cuántas mujeres vencidas por las intrigas de los años, no saben restaurar con cuatro pinceladas el arrinconado cuadro de su antigua belleza?

¿No se pinta la muerte en el semblante de los moribundos?

¿Quién no se ha pintado en su propio corazón la imagen de la mujer que ama?

Todos somos pintores.

La escultura ya es otra cosa.

Es indudable que en todo pedazo de mármol, de madera ó de bronce hay una estatua; pero se conoce que la dificultad está en encontrarla.

Las obras de escultura se resisten mucho á salir de sus misteriosos escondrijos, y el arte se fatiga en vano por sacarlas de la oscuridad de la vida privada.

Hay que creer que se encuentran mejor, encerradas dentro de las formas irregulares de la materia.

Parece mentira que en una época tan material, se niegue más que nunca la materia á recibir las impresiones del arte.

Pero la verdad es que ella está en su derecho.

El arte no ha sabido engañarla, y ella, que conoce su importancia, ha caído en el buen humor de reirse del arte.

Ella es de suyo rebelde, y los escultores no tienen á su disposición bastante fuerza armada para hacerla entrar en razón.

Se lucha en vano.

Fidias no quiso dejarnos su secreto, tal vez porque no se perdiera su nombre; y por lo que vemos, se murió decidido resueltamente á no volver á nacer.

Yo no sé qué tiene el mundo, que el que una vez lo visita, aunque no sea más que por un momento, no intenta de nuevo aparecer en él. Esto debería ser una cosa muy rara, si no sucediera todos los días.

No es extraño que los escultores de nuestros tiempos no puedan vencer la rebeldía de la materia, porque sin que yo me proponga alarmar á los espíritus débiles, puedo decir que la materia triunfa por todas partes.

Al grito de los intereses materiales todo cede y se ablanda.

Las ideas y los sentimientos se doblan y ajustan con perfecta exactitud á las exigencias del interés material.

El tiempo no pasa inútilmente.

La materia ha necesitado una larga serie de siglos para empezar á tener razon.

Le ha llegado á su vez el momento de pensar, y se ha considerado con el derecho necesario para poder dar leyes á los hombres.

Cansada de sufrir el yugo del espíritu se levanta á imponerle la ley de su naturaleza.

La que ha sido esclava tanto tiempo, bien puede gritar ahora con toda la fuerza de su derecho: «mueran los tiranos.»

Siguiendo el movimiento progresivo de esta gran revolucion que presenciarnos, la materia entra en el período de su poder.

A ella le toca ahora hacer de los hombres estátuas.

Fria como el egoismo, lo primero que hace es apagar ese horno inmenso, en que se han fundido siempre las acciones heróicas, los grandes hombres y los grandes pueblos.

La conveniencia es la turquesa en que vacia sus obras, la utilidad es el cincel con que las perfecciona.

¿Quereis que un hombre salte, como excitado por una grande idea ó movido por un gran sentimiento? Pues no hay más que tocarle ese resorte irresistible que se llama bolsillo.

Creo que Napoleon no tendria á la Francia su-

jeta bajo el yugo de su dominio imperial si no llevara el nombre de una moneda.

Materialicemos un poco.

Los nervios, la sangre, los músculos y los huesos: hé aqui el hombre.

Esta combinacion da por resultado la inteligencia, la voluntad, el alma.

El pensamiento existe por una casualidad.

Los nervios, la sangre, los músculos y los huesos se encontraron en un dia en que no tenian que hacer.

La materia es naturalmente ociosa; pero esta vez hizo un esfuerzo sobre sí misma, y los nervios, los músculos, la sangre y los huesos se juntaron.

Los huesos, más torpes, fueron inmediatamente envueltos por la agilidad de los músculos; los músculos fueron á su vez sujetos por la sutileza de los nervios, y la sangre, no sabiendo cómo matar el tiempo, comenzó á correr de un punto á otro, como si quisiera averiguar todo lo que pasa en los estrechos recintos de las venas.

De esta asociacion, formada por una casualidad semejante á la que produce la reunion de los números que salen premiados en la loteria primitiva, resultó el hombre.

Una vez hecho, la sangre que se ahogaba den-

tro de las venas, le pidió aire, y el hombre abrió la boca y respiró; el estómago no quiso ser menos y le pidió pan, y el hombre comió; los músculos le pidieron movimiento, y el hombre saltó.

Los nervios debían querer algo, y el hombre se rascó la oreja, se mordió las uñas, se dió una palmada en la frente y empezó á pensar.

Hé aquí á la inteligencia saliendo de la materia como la espuma sale del agua agitada.

¿Por qué la materia de que se compone el hombre ha de ser menos que la materia de que se compone un racimo de uvas?

¿No tiene el vino un espíritu que nace del mismo vino? ¿Por qué los músculos y la sangre, los huesos y los nervios no han de producir el espíritu humano?

¿Por qué no nos ha de embriagar el espíritu que nace de nuestra propia materia, como nos embriaga ese otro espíritu que nace de la materia encerrada en un racimo de uvas sazonadas?

Y en verdad, ¿qué diferencia hay algunas veces entre el espíritu de vino y el espíritu humano?

¡Cuántos desatinos se deben al primero! ¡Cuántos desaciertos al segundo!

Un loco, un borracho, ¿qué más dá?

¡El alma! ¿qué puede ser eso para la materia?

El alma del mundo en que hemos nacido es el afán de los intereses materiales.

Parece que los pueblos modernos no apetecen ya ni justicia, ni derecho, ni moral: se contentan simplemente con prosperidades.

Ha llegado el caso de que en el mundo no se haga más que lo que trae cuenta.

Lo que es injusto, inmoral y ridículo, es no tener sobre qué caerse muerto.

El individuo no puede sustraerse al influjo de esta ley universal.

Las tres fuentes de la riqueza de las naciones son la agricultura, la industria y el comercio.

Vamos á cuentas.

La agricultura es el elemento de riqueza más antiguo que se conoce; es anterior á la raza humana.

Su origen se pierde en el misterio de la primera raíz y en el arcano de la primera semilla.

Pero esa profunda reserva en que se envuelve desde el primer día de la creación, no ha podido ser un obstáculo al desarrollo progresivo que le ha impreso la mano del hombre en el decurso de los siglos.

No hay más que echar una ojeada sobre los últimos adelantos en este importantísimo ramo, para adquirir el convencimiento de que nos encontra-

mos á la altura de seis mil años sobre la creacion del mundo.

Aquí hay una verdadera pasion por la agricultura.

A todas horas se ve gente haciendo su agosto.

Las mujeres, impacientes por contribuir á la prosperidad pública, no pueden contenerse y se plantan en los treinta años.

No hay un empleado que no haga esfuerzos supremos por echar raíces.

Para que los hombres echen flores, basta el aire ligero de una mujer hermosa.

Aquí hay bosques de viejos verdes.

Todos los dias se explota el terreno de las ideas.

La política es una viña.

Se cultivan sin descanso las amistades de los poderosos.

El hombre por fin es un pedazo de tierra dispuesta á recibir todas las semillas. Apenas puede mantenerse en pié, y ya echa plantas.

Podemos sostener ventajosamente una comparacion con el paraiso terrenal.

Entre los inmensos productos de nuestra agricultura no se encontraba el árbol famoso de la ciencia del bien y del mal.

La vegetacion humana estaba humillada.

El hombre hizo un esfuerzo supremo para sacar á la agricultura de esta vergonzosa postracion y arrojó á la cara de la naturaleza, engreida con sus secretos, la pomposa creacion de los árboles genealógicos.

Desde entonces data la prodigiosa multiplicacion de los alcornoques.

Los camuesos, desconocidos en el paraiso, empezaron á florecer por toda la superficie de la tierra.

Pero esto era poco, faltando todavia el árbol de la libertad.

Tal es la historia de la agricultura y sus últimos adelantos.

La industria no podia permanecer ociosa.

Fijó primeramente su mirada penetrante sobre los árboles genealógicos, y quiso ennoblecerse para seguir paso á paso el progreso de la agricultura.

Por un sentimiento de emulacion fácil de comprender, no quiso vegetar oscurecida, y se tendió como una red, formando la nobilísima orden de los caballeros de industria.

Todo comenzó á enriquecerse. Hasta el diccionario adquirió la palabra especulacion.

Esta industria prospera como aquella agricultura.

mos á la altura de seis mil años sobre la creacion del mundo.

Aquí hay una verdadera pasion por la agricultura.

A todas horas se ve gente haciendo su agosto.

Las mujeres, impacientes por contribuir á la prosperidad pública, no pueden contenerse y se plantan en los treinta años.

No hay un empleado que no haga esfuerzos supremos por echar raices.

Para que los hombres echen flores, basta el aire ligero de una mujer hermosa.

Aquí hay bosques de viejos verdes.

Todos los dias se explota el terreno de las ideas.

La política es una viña.

Se cultivan sin descanso las amistades de los poderosos.

El hombre por fin es un pedazo de tierra dispuesta á recibir todas las semillas. Apenas puede mantenerse en pié, y ya echa plantas.

Podemos sostener ventajosamente una comparacion con el paraíso terrenal.

Entre los inmensos productos de nuestra agricultura no se encontraba el árbol famoso de la ciencia del bien y del mal.

La vegetacion humana estaba humillada.

El hombre hizo un esfuerzo supremo para sacar á la agricultura de esta vergonzosa postracion y arrojó á la cara de la naturaleza, engreida con sus secretos, la pomposa creacion de los árboles genealógicos.

Desde entonces data la prodigiosa multiplicacion de los alcornoques.

Los camuesos, desconocidos en el paraíso, empezaron á florecer por toda la superficie de la tierra.

Pero esto era poco, faltando todavía el árbol de la libertad.

Tal es la historia de la agricultura y sus últimos adelantos.

La industria no podia permanecer ociosa.

Fijó primeramente su mirada penetrante sobre los árboles genealógicos, y quiso ennoblecerse para seguir paso á paso el progreso de la agricultura.

Por un sentimiento de emulacion fácil de comprender, no quiso vegetar oscurecida, y se tendió como una red, formando la nobilísima orden de los caballeros de industria.

Todo comenzó á enriquecerse. Hasta el diccionario adquirió la palabra especulacion.

Esta industria prospera como aquella agricultura.

Aquí se fabrican al vapor noticias importantes de todos los puntos del globo.

De una mujer fea se hace una mujer hermosa á gusto de los consumidores.

Hay talleres de virtudes, almacenes de vicios, depósitos de ambicion y tiendas de golpes de pecho.

La amistad es una mina.

El amor una prendería.

Se imita el pudor de tal manera, que se confunde con el original.

Se empeñan las palabras, se vuelven del revés las opiniones, y se charolan las conciencias.

A la industria no se le puede pedir más.

¿Qué más puede hacer un hombre que hacerse á sí mismo instrumento de su industria?

¡Industrial! Cuántos peces nadan en esa fuente de la riqueza nacional.

Pero ¿qué sería de todo esto sin el comercio? ¿sin esa activa prestidigitacion que todo lo trasforma, lo trasporta y lo trastorna?

El comercio es á la industria lo que las calles á una poblacion: esto es materialmente; pero moralmente no es más que tomar una cosa por otra.

Desde que Esaú vendió su primogenitura por un plato de lentejas, el comercio ha marchado sobre la tierra á pasos de gigante.

Poco tiempo despues, los hijos de Jacob vendieron á su hermano Joséf.

Judas vendió á su Maestro.

El conde don Julian vendió á su patria.

Hoy se vende hasta el dinero.

El comercio ha extendido sus operaciones á todos los actos de la vida.

Se cambian las miradas, las palabras y las tarjetas.

Hasta ahora el cambiar de opiniones ha sido de sábios; pero ya es de comerciantes, porque los comerciantes son ahora los sábios.

Para que se vea á dónde llega el espíritu comercial, conviene no perder de vista que un gesto, una palabra, un movimiento pueden vender á cualquiera.

Una imprudencia es casi siempre la que vende á una mujer.

La inocencia está siempre vendida.

En el comercio se experimentan extrañas contradicciones.

Nada hay más abundante que la adulacion, y sin embargo siempre se paga á peso de oro.

La verdad es rarísima, y apenas hay quien la quiera.

El comercio se encuentra á la misma elevacion que la agricultura y que la industria.

El negocio salta impetuoso por todas partes.

Negocio ha dicho un escritor francés, que es el dinero de los demás.

Debemos estar orgullosos de la prosperidad de nuestros intereses materiales.

La agricultura, la industria y el comercio, son los tres caminos que nos conducen á la perfeccion.

La materia, pues, es el gran escultor de estos tiempos: ella ha vaciado al hombre moderno y le está dando la última mano.

Veamos ahora la arquitectura.

Victor Hugo escribió una vez con mucha formalidad estas palabras: «El libro matará al edificio.»

Esta profecía debió producir la alarma y el desasosiego en todos los propietarios de casas.

La finca urbana, tan seriamente amenazada por Victor Hugo, pidió amparo á la autoridad, y los legisladores, que debieron ver en la destruccion de la casa la muerte de la familia, hicieron la ley de inquilinatos que rige en la capital de la monarquía.

El casero se hinchó como un bolsillo que se llena, y las casas comenzaron á subir elevando el edificio hasta las nubes.

La primera dificultad para todo casero es el terreno; pero levantando sus miradas por encima

de los estrechos términos de los solares, vió que podia tomar de aire todo lo que de tierra se le negaba.

Aquí empieza para la arquitectura una especie de renacimiento.

La naturaleza y la civilizacion se han puesto de acuerdo para que la arquitectura pueda salir del yugo á que la tenia sujeta el peso enorme de los antiguos edificios.

La naturaleza obliga al hombre á ser inquilino, y la ley pone al inquilino bajo el dominio absoluto del casero.

Si Victor Hugo hubiera pensado esto, no hubiera dicho que el libro mataría al edificio.

La casa de Madrid se levanta triunfante y pone las boardillas en el cielo contra el terrible augurio del poeta francés.

El casero es á la arquitectura lo que el editor al libro.

Mientras pueda la arquitectura servir á la industria, no hay libro que pueda matarla.

¿Qué importa que no haya arquitectos si hay caseros?

La ley fundamental de la arquitectura moderna es que el edificio se alquile.

El arte y la belleza, que vienen á ser una misma cosa, son dos preocupaciones de la antigüedad.

Hoy lo bello agrada, pero lo útil triunfa.

Pintura, escultura, arquitectura, habeis sido demasiado grandes, demasiado poderosas para que no nos ofenda vuestra presencia.

Preciso es que se humille ante nosotros vuestra soberbia aristocracia.

Ya no hay príncipes que os adulen, ya no hay héroes que fundir en bronce ni tallar en mármol, ya no hay aquella fé viva que levantaba esas inmensas catedrales, donde os habeis refugiado como los muertos á esperar el dia solemne de la resurreccion.

¡Pintura! ya no hay más que colores políticos, no se tiran más líneas que las del cálculo, y no se dibuja más perspectiva que la de la conveniencia.

¡Escultura! ya no se funden más que cañones rayados, no se acuñan más que monedas, no se graban más que billetes de Banco.

¡Arquitectura! ya no se edifican más que casas, casillas y casinos.

Para cuadro, ninguno mejor que el que nosotros mismos formamos.

Para estatua, ninguna mejor que una mujer desnuda.

Para edificios, nos sobran con la Bolsa y con el templo de las leyes.

EL DIA DE LOS REYES.

Hablemos del dia de los Reyes muy por encima.

Hace ya cerca de diez y nueve siglos que un dia tres reyes del Asia, movidos por un secreto impulso, dejando cada uno su reino y cargados de dones, salieron en busca de un rey más poderoso á quien rendir el homenaje de su adoracion y los tributos de Oriente.

El rey á quien buscaban no estaba inscrito en el catálogo de los reyes de la tierra: su reino no aparecía señalado en las cartas geográficas del mundo conocido.

No obstante, Gaspar proseguía su camino con tenaz empeño; Baltasar dejaba en pos de sí las montañas como obstáculos vencidos, y Melchor subia ansioso por las pendientes de los valles, creyendo encontrar sobre la llanura más fértil del mundo la ciudad más grande de la tierra.

Estos tres reyes, saliendo de distintas regiones, vinieron al fin á reunirse en un punto.

En aquellos tiempos de oscuridad y en aquellos países de ignorancia, debia experimentarse una verdadera escasez de pensamientos.

Así es que los tres monarcas sorprendiéndose mutuamente en su peregrinacion, no se asombrarian al ver que un mismo pensamiento los reunia á largas distancias de sus respectivos reinos.

Tampoco el comercio de las ideas habia extendido por aquellas tierras apartadas el tráfico de la inteligencia.

Ninguna idea habia podido elevarse aún al rango de mercancía, ni los pensamientos habian adquirido la suprema calidad de valer dinero.

En su consecuencia, ni Baltasar, ni Gaspar, ni Melchor tuvieron un verdadero interés en creerse plagiados.

La historia por lo menos, esa vieja curiosa que todo lo averigua y todo lo cuenta, nada nos dice de que disputaran acerca de cuál era el autor original de aquel pensamiento.

Una vez juntos debieron pensar seriamente en el término de su viaje.

Afortunadamente no los seguia una tripulacion incrédula como la que pedia la cabeza de Cristó-

bal Colon en los momentos en que tocaba los límites de su atrevida empresa.

Allí hubiera muerto colgado de una antena, si el nuevo mundo oculto hasta entonces en las brumas del horizonte, no hubiera salido en su socorro.

Tampoco llevaban en pos de sí un pueblo ingrato como el que murmuraba de Moisés en las soledades del desierto.

Mil veces se hubiera vuelto al dominio de los Faraones dando la espalda á la tierra prometida, que lo esperaba al otro lado del Jordan, si no lo hubiera arrastrado la mano de los prodigios.

Baltasar, Gaspar y Melchor iban solos.

Caminaban sin vacilar por tierras desconocidas.

De pronto una luz misteriosa se les pone delante.

Hay que creer que los tres reyes discutirían largamente antes de encontrarse con aquella aparicion luminosa, porque sin la discusion no hubiera salido la luz.

Hay que suponer esta parte indispensablemente, porque ni Baltasar, ni Gaspar, ni Melchor tuvieron la idea de escribir sus impresiones de viaje.

¡Ah! las letras se encontraban entonces en un lamentable abandono. Basta decir que no se conocian ni siquiera las letras de cambio.

En aquellos tiempos oscuros un rayo de luz debía tener mucha más importancia que tiene el sol en el siglo de las luces.

Y se comprende perfectamente. Por eso hasta hace muy poco no se ha descubierto que el sol era opaco.

La verdad es que nos vamos á ver en la necesidad de apagarlo por innecesario, si él no se anticipa á suprimirse en vista de que no hace falta.

Pero yo creo que él conserva demasiado apego á sus viejas costumbres y tendremos al fin que darle un soplo.

¡Pobre viejo! ya le han averiguado que tiene manchas.

Si los últimos adelantos no lo hicieran inútil, habría que lavarle. Seria indudablemente una cosa curiosa lavar el sol.

Pero retrocedamos.

Los tres reyes se encontraron heridos por un rayo de luz, y lo que es natural, vieron el camino.

La luz marchaba delante como un guia, y los tres la siguieron sin vacilar.

No debe extrañar á nadie esta conformidad de pareceres, porque la luz era una sola. Hoy hubiera cada uno de ellos elegido su luz.

Y es indudable; los tiempos presentes están mucho más alumbrados.

Por eso nos parece pálida la luna, débiles las estrellas y el sol opaco.

La luz caminaba y los tres reyes la seguían por unanimidad.

De repente se detuvo suspendida en el aire sobre un pueblecillo miserable, llamado Belen, como si claramente les dijera: aquí.

Los tres reyes debieron mirarse con asombro. Por ninguna parte encontraban ni la más ligera señal del poder de un rey.

La luz inmóvil continuaba diciendo: aquí. Los tres reyes tenían delante de sí un portal arruinado.

La lógica no les habia enseñado todavía cómo se hacen argumentos contra la luz y no tuvieron más remedio que doblar la cabeza y entrar.

A los pocos pasos cayeron de rodillas.

El palacio era un establo, la cuna un pesebre, el Rey un recién nacido.

De esto hace diez y nueve siglos.

Este suceso ha puesto en el principio de cada año un día que se llama el día de los Reyes.

En ese día vienen todos los años; en ese día se esperan en todas partes.

Gaspar, Baltasar y Melchor son unos viajeros infatigables.

En la mayor parte de los pueblos de España al

amanecer de ese día ya están tomadas las avenidas del camino. Todo el mundo sale á esperar á los reyes.

Esta vez no son defraudadas las esperanzas de la multitud: los reyes no se hacen esperar. A la hora convenida aparecen á lo lejos y entran triunfantes en medio de la gente apiñada.

El Ayuntamiento desde el balcon de las Casas Consistoriales es en esta ocasion la luz que les indica el camino que deben seguir.

Inmediatamente despues estos reyes son destronados.

A las veinte y cuatro horas Melchor se vé reducido á la condicion de barbero, Gaspar disimula su desgracia guardando las viñas que se estienen á la salida del pueblo, y debajo del ancho sombrero de un mozo de mulas se esconde á las miradas curiosas la testa corona de Baltasar.

En Madrid las cosas cambian naturalmente de aspecto. A los reyes se les espera de noche.

Como no se sabe la hora fija, es indispensable una escalera para verlos venir.

En esto hay algunas excepciones; muchos para verlos venir no necesitan más que una baraja.

Sin embargo, lo característico y lo tradicional es la escalera.

La multitud corre en grupos alumbrada por al-

gunos hachones, por varios cafés y muchas tabernas.

Para esta gente que corre en tumulto por las calles y que pasa rápida como una chispa, es indispensable un gallego auténtico ó un asturiano original.

Este es el que ha de llevar la escalera sobre sus hombros.

El la lleva y los demás suben.

Conviene advertir que asturiano y gallego está aquí tomado en sentido de victima.

Los engañan en nombre de los reyes.

La venida de los reyes en Madrid es una ilusion, porque los reyes no vienen.

Y sin embargo, el día de los reyes debe ser una terrible realidad para todos aquellos que no tengan ni dos reales.

Los tiempos deben ser muy estrechos cuando los reyes solo tienen un día al año; y si se consulta el Almanaque, que es el código fundamental del tiempo, se verá que ese día es de los más cortos.

Aunque se le cuenten veinte y cuatro horas, la mayor parte de ellas son oscuras.

Así es que en lugar de decir el día, el Almanaque hace tiempo que debia anunciarnos la noche de los Reyes.